

como sobre un tronco. Yo había oído hablar de la belleza de las betlemitas, de sus facciones regulares, de sus ojos negros de terciopelo, de sus vestiduras multicolores y de su alta cofia, salpicada de lentejuelas de plata y oro. Esta que pasa cerca de nosotros, rígida, seria, noble, aunque no lleva resplandores de metales preciosos, no desdice de la estampa tradicional. Al verla subir, envuelta en sus colores chillones, la pendiente que lleva hasta las primeras casas de Belén, pienso en la Virgen María y en su llegada a la ciudad de sus antepasados, en una tarde como ésta, acompañada de su esposo San José...»

«Y bien podemos decir que la Virgen se apareció aquella tarde en nuestro camino. Más de una hora llevábamos aguardando a los autobuses, que no acababan de llegar. Su tardanza empezaba ya a preocuparnos, cuando se detuvo delante de nosotros un vehículo con la matrícula de Bélgica, una «rubia», cuyos ocupantes nos dijeron, en francés, que uno de los autobuses había estado a punto de rodar en las vueltas del camino. Otros pasajeros nos dieron noticias más concretas: en uno de los pasos más difíciles del trayecto, la dirección se había roto, el coche había empezado a recular, y sin saber por qué, se había detenido al borde del abismo. Gracias a una protección visible, no teníamos que lamentar desgracias; pero éste fué uno de los momentos de angustia en nuestro largo viaje. Afortunadamente, la decisión rápida de Utray, nuestro cónsul en Jerusalén, aplicó un pronto remedio. Varios taxis salieron en busca de las muchachas, que de esta manera pudieron juntarse con nosotros antes de caer la noche. Venían pálidas y sobrecogidas por el susto que acababan de pasar.»

«Poco antes de media noche se inició el

descenso a la población. En la gran plaza había muchos más coches que antes. La multitud se agolpaba a la puerta de la iglesia de los franciscanos, dedicada a Santa Catalina. Es un templo gótico moderno, sin gusto y sin suntuosidad, pero espacioso; el público llenaba ya las tres naves y un centenar de luces brillaban en el altar. Algunos frailes se esforzaban por acomodar a los invitados en unas sillas colocadas delante del ábside. Yo quise buscar asiento en ellas, siguiendo a los representantes de España, pero un franciscano alemán, que no tenía nada de Fray Pacífico y menos acaso de San Francisco, a juzgar por su cara, me rechazó. Me fué difícil abrimme paso entre la muchedumbre para llegar al coro posterior, donde se habían instalado los peregrinos españoles. Salió el patriarca, precedido de sus ministros, y el coro de los frailes inició sus melodías. El canto fué para mí una desilusión. ¿Qué tenía que ver allí aquella misa de Perossi, que, por lo demás, fué interpretada de una manera lastimosa? Sólo algunos villancicos de Mozart que tocó el organista con mano delicada entre el Sanctus y la Comunión hacían pensar en el lugar y en la noche. Rendidas de cansancio por el ajetreo de aquel día, las chicas de España cabeceaban en torno mío. Los músicos dormitaban en los rincones del coro. Aguardábamos con impaciencia el fin del largo pontifical, que nos permitiría explayar nuestra devoción y decir la misa a nuestro gusto una vez libre el templo de todo el elemento oficial que en gran parte había acudido allí como a un espectáculo...»

«Una cosa nos sorprendió, y es que apenas hubo comulgantes en aquella misa. Eran varios miles de representantes de Embajadas y Consulados, con sus trajes de etiqueta; occidentales que circunstancialmente se halla-